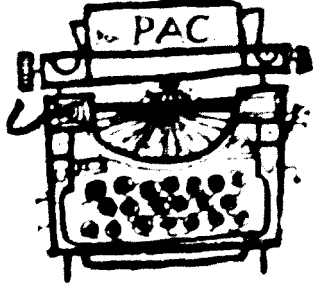


escrito a máquina

Carta a un maestro de música



Querido Salvador Cardenal:

Casi todos los días mientras voy y vuelvo de mi casa a Managua asisto (pobre discípulo sin tiempo) a la Escuela de Música de tu Radio Güegüence. Escuela la llamo, porque hay detrás de todo lo que presentas una intención de enseñanza. Una cátedra sin pretensión, gratamente humilde pero admirablemente perseverante de quien siente la pasión misionera del arte. Te oigo presentando, explicando, valorando las obras musicales que tú escoges o que el público te pide; voz solitaria en la desolación de nuestra cultura que tanto más insiste y persiste cuanto más ancho es el desierto y más dura la incompreensión ambiental. En Nicaragua no tenemos más que dos escuelas de música: Una para aprender a tocar, que dirige Ernesto Rizo y otra para aprender a oír, que es —con su amplitud democrática— tu Radio Güegüence. Es una universidad en el aire (en el doble sentido en que la palabra aire indica su medio de transmisión y su heroísmo económico) —una pequeña universidad musical— de cuyo espíritu quiero hablar porque sin proponértelo, pero guiado por tu intuición y tu honestidad, has convertido tu radio en un ejemplo de cómo se puede aprovechar un medio de comunicación moderna para hacer cultura y no para destrozarla.

Pudiéramos establecer un paralelo entre la música y la pintura. En nuestra patria, a pesar de la tradición pictórica exquisita de nuestros ceramistas indios —a pesar también de nuestra procedencia española— (pensar que España ha producido las más altas cumbres de la pintura occidental), casi no había pintura. Una mal dotada Escuela de Bellas Artes sin embargo, ha tenido la virtud de hacer saltar la chispa o de hacer brotar la fuente que puede fluir en tradición creciente. Ya podemos decir —por lo menos— que comienza una pintura nicaragüense. Los jóvenes pintores que han surgido en pocos años nos deben, más que todo, indicar, la cantidad de valores que no surgieron, que abortamos, por falta de promoción.

En la música estábamos o estamos en el mismo nivel cero. Alguna excepción confirma el desierto. Nuestros indios, sin embargo, dejaron como legado una de las colecciones más ricas de instrumentos musicales de barro: una indicación de que eran pueblos dotados para la música. El folklore mestizo también manifiesta —en nuestras pobres condiciones provincianas— una cierta riqueza creadora. Pero ha sido tan absolutamente descuidada la educación musical de nuestro pueblo —aun en sus clases más cultas, aun en los centros de enseñanza más prestigiados— que nuestro analfabetismo alcanza su punto máximo en el terreno de la música. Sin embargo, he visto en nuestros campos cómo se transmitían de viejos a jóvenes las rudimentarias lecciones del arte de la guitarra, he oído inventar canciones a hombres que no sabían firmar y no hace mucho tiempo me transportó un taxista que mantiene tu Güegüence en el dial de su destartalado automóvil porque, según me dijo, sólo le gusta “la música buena”. Hay un auditorio —grande o pequeño, no sé— que pudiera elevarse en el nivel de su cultura musical, si muchos como tú pusieran cátedra de buen gusto, no sólo difundiendo música de calidad sino valorándola y explicándola como tú haces. Miles de nicaragüenses llevan permanentemente consigo un transistor. Es decir, miles de hombres se inscriben en una posible universidad del aire. ¿Pero qué lecciones reciben?

Hay otro problema interesante. Oyendo tu espacio musical de “complacencias” observé que el cien por ciento de las piezas solicitadas por el público pertenecen a autores de épocas pasadas. Una sola vez alguien pidió, para mi sorpresa, “El pájaro de fuego” de Strawinsky, autor moderno. Mi primera reacción fue pensar que nuestro reducido público culto vive retrasado, pero leyendo un libro de Roy McMullen me enteré que es un fenómeno mundial en el territorio de la música. En 1967 el Schumann Record Catalog, al enumerar los discos publicados en Estados Unidos, necesitó 100 páginas para la música clásica antigua y menos de diez para discos de compositores nacidos después de 1900. Durante la temporada de conciertos parisienses en 1964, las orquestas sinfónicas que tocaron todos los domingos del año sólo tenían en programa UNA pieza contemporánea. Las demás pertenecían al pasado. Es decir, mientras en literatura el lector aficionado lo que devora es lo nuevo (y lo que cuesta que lea es lo clásico), en música sucede completamente lo contrario. Tanto es así que el crítico literario tiene que ejercitarse en presentar lo nuevo, mientras el crítico musical (donde los hay) más bien tiene que especializarse en comparar interpretaciones.

¿Por qué ese fenómeno? ¿Por qué, al difundirse la música (por medio del cine, la radio

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

y los discos) el amante de la buena música se vuelve apreciativamente hacia el pasado, mientras el público culto de la pintura adquiere, cada vez más pintura ultramoderna, y el lector culto prefiere la novela nueva o la poesía nueva?

¿Qué significación puede tener para nosotros, que no tuvimos música en el pasado, esta renuencia del público musical a seguir hacia adelante? El futuro músico nicaragüense qué rumbo tomará si es que producimos un gran músico creador? ¿Tendrá que bajar, como Orfeo, a los infiernos de una terrible soledad y de una total incompreensión?

Oyendo tu radio he pensado estos pensamientos y me han nacido estas interrogaciones. Ojalá que tu paciente y heroica labor reciba el apoyo que merece. Y ojalá que en tu humilde universidad del aire esté ya sentado ese niño desconocido, el iniciador futuro de un mundo musical nicaragüense que, hace siglos, oídos sedientos esperan.

PABLO ANTONIO CUADRA